

# EL CASCABEL

PERIODICO SEMANAL

ESCRITO POR

DON CÁRLOS FRONTAURA

DIRECCION  
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS  
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION  
Plaza de Matute, núm. 2.

## COSAS DEL DÍA.

Los francesitos siempre son los mismos; siempre adornados de la más insigne vanidad; siempre farfantes y presumidos. Ellos son los primeros soldados del mundo—ménos cuando los españoles les hicieron largarse cantando bajito, y los prusianos les proporcionaron la derrota más tremenda que vieron los siglos;—ellos son los primeros industriales, y los únicos escritores del mundo.

Digo esto porque el señor Alejandro Dumas, hijo, un hombre de mucho talento, pero no tan grande como su vanidad, ha escrito últimamente una cartita sobre el estado de Francia, en la cual dice lo siguiente:

«Los demas países harían quizá otro tanto por sus literatos, si tuvieran literatos; pero feliz ó desgraciadamente no los tienen, y Francia está encargada de alimentar de literatura al mundo entero.»

Viva V. mil años, D. Alejandro. ¡Con que sólo en Francia hay literatos, sólo en Francia hay literatura!... Se conoce que había V. almorzado fuerte antes de escribir ese parrafito.

No puede negar Alejandro Dumas, hijo, que es frances; esas imprudentes líneas, impropias de un hombre de talento, pintan gráficamente el carácter frances.

Se necesita un dupé mucho más grande que el que atribuyen á Sagasta los periódicos de oposicion, para lanzar á la faz del mundo semejante vaciedad, que en todas partes será leída, y en todas partes pondrá en ridículo al bueno de Alejandro Dumas, que, teniendo tan gran prestigio como escritor, debía ser algo más cuidadoso de su reputacion.

Una de dos: ó Alejandro Dumas adolece de una soberbia monstruosa ó de una ignorancia supina; ó conoce la literatura de las demas naciones, y se juzga él superior á todos los literatos del mundo, lo cual supone un orgullo ridiculo, ó no conoce ni por el forro la literatura extranjera, é ignora todo lo que se escribe en el mundo, y entónces hay que convenir en que Alejandro Dumas, hijo, es un literato de poco más ó ménos.

Con que, elija lo que le agrade.

Alemania, España é Inglaterra, por lo ménos, tienen una historia literaria más brillante que la francesa, sin que neguemos por esto que Francia *ha tenido* esclarecidos ingenios dignos de la más alta estima.

Pero ahora, ahora Francia ha perdido su literatura, y exceptuando unos cuantos escritores, los demas no darán mucha gloria con sus obras á la nacion.

Es verdad que la literatura francesa va á todas partes y en todas partes se admite; pero eso no quiere decir que sea bueno, sino que el gusto es malo.

Y es extraño que Alejandro Dumas diga esa tontería cuando en tan notoria decadencia se hallan los más notables ingenios franceses, incluso el autor de esa *gasconada*. El papá Victor Hugo está reducido á defender en estilo pirotécnico á *La Commune*; Sardou hace comedias de magia como *El Rey Zanahoria*; Alejandro Dumas escribe absurdos como *La visita de boda* y *La princesa Georges*.

Con que, Sr. Dumas, hijo, no se ufane V. con su literatura, porque en literatura, como en todo, están ustedes los franceses muy caidillos. Si Vds. han tenido un Corneille, un Fenelon, un Molière, un Racine, y otros muchos insignes talentos, dignos del respeto del mundo entero, en España hemos tenido muchos más, empezando por el más grande ingenio del mundo, por el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra. Nómbrame V. un ingenio frances que pueda compararse con el autor del *Quijote*.

Y au revoir, citoyen.



Y ahora, ¿de qué quieren Vds. que les hable?... ¿De política?

Por Dios, lectores queridos míos, crean Vds. que esas conversaciones no me gustan á mí.

La política es una cosa perdida; para hablar á ustedes de eso tendría que sacar á relucir una vez más los infinitos nombres de los politiquillos que se disputan el poder, y, francamente, yo no creo que esos señores merecen que nos ocupemos de ellos.

La politiquilla es su modo de vivir y de medrar, y ese modo no es el nuestro.

Ellos, gracias á la apatía é indiferencia de las gentes sensatas, —que más parecen insensatas,— dominan el país, lo perturban, lo zarandean y lo pierden miserablemente. Y hacen bien, eso sí; porque para eso las personas sensatas, que nunca escarmientan, les votan para diputados, y les allanan el camino del medro, y les ayudan á improvisarse personajes y á vivir con poco trabajo y á costa del país.

¿No piensan Vds. como yo?...

Pues si piensan Vds. como yo, pensarán indudablemente que la reunion de los radicales en el circo de los caballos, el otro día, fué uno de tantos vergonzosos espectáculos como da la política en este país. Allí se vió bien claro que á los hombres políticos no les guía otro móvil que el afán de mandar y figurar y tener gran sueldo, y que á este afán lo posponen todo, y lo primero la tranquilidad del país.

Pero á bien que ahora va á haber nuevas elecciones, y ya verán Vds. qué bonito resultado da el famoso sufrágio universal; verán Vds. venir á las Cortes los mismos señores de las pasadas, y verán Vds. cómo vuelve á empezar la misma comedia.



Parece mentira, pero ya tenemos otro Carnaval encima.

Los años y los carnavales van pasando con una rapidez prodigiosa.

Parece que fué ayer cuando yo iba á los bailes, y me corría convidando á alguna feotona y á su tia á tostadas de abajo; cuando me preocupaba grandemente quién sería aquella máscara de buen trapío, que al pasar cogida del brazo de un moro manchego me habia dicho: «Te conozco;» cuando acompañaba desde el teatro Real á la calle de San Anton á dos mascaritas que, al despedirse de mí, se quitaban la careta y me enseñaban unas caras que me hacian echar á correr; cuando me divertía viendo bailar polkas intimas y respirando en una atmósfera impregnada de gases malsanos, y oyendo las sandeces que me decia una cantinera que echaba un pronunciado olor á cebolleta y aceitunas zapateras... ¡Qué tiempos aquellos! Yo no creía en los resfriados ni en las pulmonías; pero creía las historias que me contaban mascaritas que tenían el marido en Buenos-Aires, ó que eran huérfanas de generales é intendentes, y estaban en el baile sin que lo supieran sus tias, sólo por complacer á unas amigas, y me parecia un asombro de virtud y modestia la beata que se metía entre pecho y espalda una ración de riñones salteados, una de jamon con patatas y dos copas de Valdepeñas.

Ahora, ya me pueden Vds. regalar el billete para el mejor baile, y ofrecerme una cena, y proporcionarme una hora de conversacion con una máscara de gran porte, que les daré las gracias y me quedaré en mi casa. Tengo un micde atroz á las pulmonías, y á las mujeres con la capa tapada, y más que el elegante frac y las bo-

tas apretadas, y el sombrerito flamante, me gustan la gran bata entretelada, las zapatillas suizas y el hermoso gorro de astrakan.

Quédense los bailes para la gente jóven y saltadora, y goce en buen hora los placeres del wals y la polka, y devore tódas las tostadas de abajo y de arriba, y apípe-se bien de los licores *finos* que ofrecen los fondistas, que tiempo llegará en que piense como yo, y vea el Carnaval con la indiferencia de quien sabe que el verdadero Carnaval es el mundo, y todo el año está tropezando con máscaras sin careta, más difíciles de conocer que las que se tapan la cara en estos tres días de bureo.



Con que, si algun mascarón les habla á Vds. en el Prado; si ven Vds. en el baile algun caballero de la Edad media haciéndose el interesante; si hallan Vds. en medio de la calle á un mozallón de mi estatura cubierto con una sábana y llevando una escoba al hombro, suplico á ustedes que me hagan la merced de no creer que soy yo alguno de esos personajes.

Y divertirse mucho.

## EN UN BAILE DE MASCARAS

—¡Qué aburrido estás, hombre!... ¿No ha venido la que esperas?

—¿Espero yo á alguna, mascarita?

—Claro; un buen mozo como tú. Pero ¡qué cara de mal humor tienes!

—¡Dale! ¿Y qué te importa?...

—A mí me gusta la gente alegre, y un baile no es para estar la gente tan triste como en un entierro.

—Pues, hija, te agradezco tu interes, pero tengo mal humor.

—¿Por qué, hombre?... Anda, que ya vendrá luego alguna mascarita...

—Para mascaritas estoy yo...

—¡Jesus! si no estuvieras tan airado, tomaría tu brazo.

—Pues, hija, tómale, con franqueza.

—Vamos, cuéntame, ¿qué te ha pasado?

—Nada, no me ha pasado nada, llevo chaqueta y calzoncillos de bayeta.

—¿Te ha hecho una mala partida tu amada?

—No, hija, ninguna.

—¿Te han quitado el empleo?

—No me lo pueden quitar; es el mio el más inamovible de los empleos, porque no tengo ninguno.

—¿Has jugado y has perdido?

—Muchas veces, pero hoy no.

—¿Te se ha muerto alguien?...

—Sí, hace años se me murió mi abuelo.

—¿Quieres y no eres correspondido?

—¡Ca! ni por pienso.

—¡Jesus! me va interesando saber por qué estás tan mal humorado. Eres tan simpático...

—Gracias.  
 —Daria cualquier cosa por saber la causa de tu disgusto.  
 —Pues, mira, si es empeño, te lo diré.  
 —¡Ay! sí.  
 —Pues estoy dado á los demonios porque no tengo un cuarto y estamos á 11 del mes.  
 —¡Jesus! ¡qué salida! Deja, que van por allí las amigas con quienes he venido.  
 —Anda, anda, hija, que te convide otro á cenar.  
 —¡Qué grosero!...



—Joaquinito, te conozco.  
 —¿Me conoces? Entonces ya sé quién eres.  
 —¿Quién?  
 —Mi patrona, que es la única mujer que me conoce bien, y harto lo siento.  
 —Pues no soy tu patrona. Y por señas que ayer has tenido una carta de una jóven.  
 —¿De una jóven? De mi abuela...  
 —Pues era una carta muy tierna.  
 —¡Oígal! ¿y de dónde sabes tú eso?...  
 —¡Toma! porque la *vide*.  
 —Me has partido con el *vide*. ¿Y cómo la has *vido* tú?...  
 —¡Ay! señorito, no me riña V.; yo soy la Gregoria.  
 —¡La criada de mi patrona!  
 —Sí, señor, y por ahí está la señora, del brazo de uno que estuvo de huésped en casa, y se le fué con nueve meses. Le va á armar un escándalo.  
 —¿Con que tú lees mis cartas?  
 —No, señor; pero la señora las abre á ver si traen dinero, y luego las cierra muy bien.  
 —¡Ah, bruja! me parece que yo tambien me iré de su casa con nueve meses.



—Vamos, máscara, ven, que tengo gusto en que tomes alguna cosa en el buffet.  
 —No, no, ¿te figuras que yo soy de esas?...  
 —Hija, si fueras de esas, yo no te invitaria, porque tampoco yo soy de esos...  
 —No, no quiero ir.  
 —Vamos, sé amable.  
 —¡Qué empeño! Pues tengo que ir á decirselo á mamá.  
 —¿A mamá?  
 —Es claro, ¿te figuras que soy de esas que vienen solas?  
 —No, mujer; ya se conoce que no eres de esas. ¿Y donde está tu mamá?  
 —Es aquella señora gruesa que está debajo del palco del rey.  
 —Pues vamos á invitarla. (Yo no sé á qué traen estas muchachas al baile á sus mamás.)  
 —Dice mamá que por complacerte vendrá.—Mamá, que venga tambien Doña Gumersinda. Parece feo dejarla sola.  
 —Oye, mascarita, ¿quién es doña Gumersinda?  
 —Es una vecina de casa, que le da muy mala vida

su marido, y para que se distraiga la hemos traído al baile.

—Pues, hija, no es mal tomo Doña Gumersinda. Se conoce que la mala vida le engorda.  
 —Vaya, vamos cuando quieras.  
 —(¡Pues me he divertido! Pagar la cena á dos viejas gordas y á una jóven flaca que puede que sea más fea... Estoy por ponerme malo...)



—Adios, hombre, ¡qué grave estás!  
 —¿No sabes otra gracia, máscara?  
 —Hijo, desde que tienes excelencia, no hay quien te sufra. ¿Y has cerrado ya la tienda de ropas hechas?...  
 —¡Bah! ¡bah! ¡tú me tomas por otro!  
 —Calla, hombre. Es verdad que pareces otro con ese chaleco abierto y ese fraque, y esos guantes blancos. ¿No tienes ya sabañones?... ¿Y tu mujer?  
 —¿Qué has de conocer tú á mi mujer?  
 —¿No? Antes que tú, como que hemos hecho juntas más camisolas para la tienda del *Pájaro verde*...  
 —Vaya, déjame en paz, costurera.  
 —Y á mucha honra, y aunque no soy excelentísima señora, tengo más vergüenza que tú y toda tu parentela. ¡No se hinchán poco estos *cursis* hechos personajes de un capirotazo!



—Hola, doctor.  
 —Adios, donosa mascarita.  
 —¿Sabes que me choca ver en el baile á una persona tan seria y formal como tú?  
 —Hija mia, vengo por gratitud.  
 —Pues ¿qué beneficios debes tú á los bailes de máscaras?  
 —Un aumento muy considerable de enfermos, y por consiguiente, el ingreso de muchos pesos duros en mi gaveta.  
 —Pues, mira, tienes razon.  
 —Hija, si no hubiera bailes y saraos, ni fondas, ni cafés, ni casinos, los médicos estábamos perdidos. Es preciso que viva todo el mundo, y que todo el mundo se ponga malo de cuando en cuando.



—¿Qué lujo, Segundo!  
 —Hija, estoy admirado. En el pueblo no vemos esto.  
 —A mí me tiene ya sofocada la careta.  
 —Pues el turbante no sé cómo se me tiene. Oye, ¿qué te ha dicho ese, Paulina?  
 —Me ha dicho que por qué voy con ese mamarracho.  
 —¿Y quién es ese mamarracho?  
 —Creo que lo ha dicho por tí.  
 —Pues al primero que te diga algo, verás qué guantada le arrimo. Se me ha olvidado traerme el papel de mi nombramiento de alcalde de mi pueblo, por si ocurría un compromiso.  
 —¡Déjalo estar, hombre!

—Ese lechuguino que te ha dicho eso será algun reaccionario.

—Eso se desprecia.

—¡Mira qué propia va aquella cantinera!

—Sí que va bien. ¡Y qué meneo lleva! Debe ser alguna señora.

—Lo que es el traje no se lo ha hecho por diez duros.

—Aquí, no te figures, está lo mejor de Madrid. Apuesto á que están los ministros. ¿Qué ha dicho ese?

—¡Qué par de figurones! Lo ha dicho por nosotros.

—Pues que lo vuelva á decir, y de la puñada que le doy...

—¿Sabes lo que te digo? Que podemos quitarnos la careta.

—Tienes razon, así no se atreverá nadie á decir nada.

—Ni á reirse.

—Oye, ¿qué te dice ese?...

—Me ha llamado mascarón de proa.

—¿Que dicen?... ¿que soy un moro manchego?

—¡Ay, Segundo, que te vas á comprometer!

—Pero, vamos, ¿de qué se rien Vds?... Aunque me ven Vds. vestido de moro, yo soy en mi pueblo la primera autoridad, y esta señora es mi parienta, y al que me falte le suelto una bofetada.

—Hombre, vámonos, que te vas á perder...

—Quita, mujer. ¿Y V., quién es?... ¿El inspector?... ¿Que nos vayamos?... No señor; hemos venido del pueblo á ver un baile, y hemos pagado... y si V. es autoridad yo tambien lo soy... ¿Qué dice V.? ¿que traemos trajes ridículos?... Oye, mujer, dice este señor que tu traje de turca es ridiculo. Ya quisiera V. su traje para alguna persona de su gusto. Bueno, hombre, nos iremos, ya que se arma este escándalo, pero en cuanto vaya al pueblo, enviaré al ministro una queja. Y lo que es este año, no sale diputado por allí más que un republicano, si el ministro no me dá en la *Gaceta* una satisfaccion.



—Máscara, no te vayas.

—¿Qué quieres?

—Toma mi brazo, y vamos á pasear. Me gusta mucho tu aire distinguido y elegante; eres la máscara de mejor porte que he visto en el baile.

—Pues muchas veces me has visto sin careta, y nunca me dices esas lindezas.

—¿Te he visto sin careta?

—Muchas veces. ¿Y tu mujer?

—Está en cama, con un gran catarro.

—¿Y tú te vienes al baile?...

—¿Qué quieres? Tiene uno que distraerse un poco.

—Tu mujer sí que es elegante.

—No me hables de mi mujer; yo no reparo si es elegante ó no. Tú si que eres esbelta y distinguida. Debes tener una cintura... ¿Quieres venir á cenar?

—Bueno.

—Habrás venido sola...

—Sí, hombre, nadie nos importunará. Yo tambien me voy sola á todas partes; soy casada.

—Lo siento.

—Tú no habias de casarte conmigo...

—¿Quién sabe? Suponte que enviudara yo y luego enviudaras tú.

—¿De veras? Si enviudara yo, me casaria con otro, pero contigo no.

—¡Oígal! ¿Y por qué?

—Porque con V., señor mio, no he podido casarme más que una vez, y bastante me pesa esa vez.

—¡Carolina!

—Sí, señor; presumí que venia V. al baile y he venido á sorprenderle.

—Esta es una burla indigna.

—¿La tuya ó la mia?

—Vámonos.

—Vámonos. Pero, hombre, ¿no te parecia hace un momento tan distinguida y elegante?... ¿Qué maridos!

—El hombre que se casa es más tonto...

—Hombre, dame el brazo y disimula, que te van á conocer en la cara que soy tu mujer.



—Caballero, no tolero que se lleve V. una máscara que me hizo el honor de aceptar mi brazo.

—Señor mio, yo no tolero á nadie que me hable en ese tono.

—Esta máscara ha de ir de mi brazo.

—No me hable V. en ese tono, porque no me contendré y le daré á V. una lección.

—¿A mí? yo se la daré á V. en otro sitio.

—Cuando V. quiera y en donde quiera la recibirá usted de mi mano.

—Tome V. la tarjeta.

—Ahí va la mia.

—Caballeros, ¡por Dios! ¿Por mí se desafian Vds.?... No lo permito.

—No te importe eso, hermosa máscara.

—Máscara divina, no intentes...

—Vengan Vds. á aquel rinconcito los dos, que les voy á poner á Vds. en paz al momento.

—Pero...

—Es que yo...

—Vengan Vds., y no sean locos. Ahora me levanto la careta, y vean Vds. por quién van á reñir.

—Señora... (¡Una vieja!)

—¡Ah!... (Si es una abuela...)

—Tengo sesenta años, señores... Irán Vds. á reñir por una hermosura de sesenta años?

—No, señora, pero si este caballero quiere, vamos á cenar los tres juntos; yo tendré mucho gusto en acompañar á una señora tan amable, tan ingeniosa, y que con la careta puesta da un petardo al más listo.

—Yo tambien soy del parecer de mi rival.

—Pues, señores, yo accederia de buena gana, pero si me permito dar una broma á algun caballero, lo que no me permito es cenar con nadie, á no ser con mi marido.

—¡Ah! es V. casada.

—Sí, señores; con aquel pobre vicjecito que esta lo-

cando el violin allí cerca del director. Miétras él toca, yo bromeo por aquí; en los intermedios baja y paseamos y nos reimos de las máscaras, y cuando se acaba el baile, nos vamos juntos á casa, y con los cuarenta reales que ha ganado, ya tenemos para comer tres días.

—Pues también convidamos al viejecito.

—Señores, por Dios...

—No irá á tener celos.

—No ha tenido motivo para tenerlos nunca.

—¿Con que accede V. discretísima señora?

—Le contaré el caso á mi esposo, en terminando este wals, y si él consiente...

—Tendremos mucho más gusto en cenar con ustedes que con algunas de tantas busconas...

—Ha evitado V. que dos hombres tengan un lance.

—Que hubiera sido una tontería...



—Oye, chica, vamos á ver si nos convidan.

—Chica, están los hombres más roñosos que ochavos morunos.

—¡Pues no me ha dicho ahora un cursi si queria agua!

—Pues, hija, á mí ni eso. Y tengo una carraspera que miétras no me tome una ración de jamon...

—Y yo una debiliá que me voy á caer. Ya ves, bailando una *toa* la noche...

—El cuerpo se rinde...

—Oye, otra cosa: á ver si nos da el Rubio billetes para el baile ese de los *isritores* en la Zarzuela.

—Calla, si dice que no los hay, porque sólo van á ir señoras.

—¡Pues estará divertido!

—Lo más *cursi* estará que se *haiga* visto...

—¡Mia tú, señoras *pa* bailar y divertirse!

—En fin, mira que tenemos que encontrar quien nos convide ántes del *descanso*, porque luego ya no se corre *naide*.

—Pues, vamos, á ver si tenemos buen ojo.

—Hija, ya no hay hombres que sean caballeros y tengan *arma pa* gastarse media onza.

## UNA DOCENA DE MARIDOS ELEGIDOS.

RETRATOS DE CUERPO ENTERO QUE PINTA UN CABALLERO PARTICULAR  
PARA EJEMPLO DE LOS MOZOS,

MEDITACION DE LOS CASADOS Y REGOCIJO DE LOS VIUDOS.

### XI.

#### El baron.

¿No conocen Vds. al baron de la Nuez?... Pues es un hombre muy conocido en los círculos viciosos de la córte, en el vestuario de las suripantas de los Bufos, en la Carrera de San Jerónimo, donde pasó la mayor parte del día, en el Suizo, en la Iberia, en los conciertos del Retiro, y en el circo de caballos.

Si me preguntan Vds. qué hace el baron de la Nuez,

en qué se ocupa, de qué sirve en el mundo, les diré á ustedes que no hace nada, que no se ocupa en nada, y que no sirve de maldita la cosa. Y no es porque sea tonto de nacimiento, no señor, que es muy listo, y no carece de ingenio; pero el ingenio no le sirve más que para decir cuatro chistes en el café, poner apodos oportunos á las personas conocidas, é inventar cuentos verdes. Ninguno tiene más felices ocurrencias; nadie inventa más gráficas frases para calificar al prójimo, y no hay quien sepa más historias escandalosas. Llámánle los hombres el *baron de la Bola*, porque miente mucho, y las mujeres le nombran *ese maldito*, dándole este nombre como el más adecuado á un hombre que cuenta todo linaje de diabluras, que todo lo sabe y todo lo propala, y que es la trompeta que anuncia todas las debilidades, todas las faltas, todas las desgracias y todos los defectos del prójimo, complaciéndose extraordinariamente en semejante tarea.

El baron de la Nuez se educó en un colegio frances, donde aprendió poco ó nada, y cuando volvió á España al lado de su padre, se encontró con la novedad de que su padre le habia buscado esposa; era esta la hija de un gran amigo del viejo; el jóven colegial quiso hacer alguna observacion, pero el padre no la quiso oír, y le dijo que ó se casaba con la que le habia elegido, ó se iba á donde quisiera á ganarse la vida como pudiera; y como al baroncito le pareció un poco duro eso de ganarse la vida, optó por casarse, aunque la novia fuera un lobo.

La novia no era un lobo, no señor, era una jóven bastante bella, pero que amaba al baron lo mismo que á mí. Cuando le vió le pareció un poco antipático, y cuando le conoció algo más, le pareció insufrible. Figúrense ustedes lo que le parecería cuando fué su marido. Cualquiera de los infinitos novios que tuvo la niña ántes de casarse, le parecia un ángel, comparado con su marido.

Es fama que el segundo día de matrimonio, la baronesa habló al baron en estos poco halagüeños términos:

—Señor baron, nuestros padres han querido que nos casáramos los dos sin que nos conociéramos. Los hemos dado gusto, y estamos casados, pero como yo soy muy franca, tengo que decirle á V. que no le quiero, y que me es V. sumamente antipático. Si á V. le parezco yo también antipática é insufrible, no tenga V. reparo alguno en decírmelo. Más vale que sepamos nuestros sentimientos, que no que nos engañemos mutuamente. Yo no le quiero á V., ni creo que le he de querer nunca. ¿Y V. á mí?...

—Señora esposa, V. es bonita, por ahora, y me gusta.

—Vamos, ya tengo una ventaja sobre V.

—Pero no estoy enamorado de V., ni mucho ménos.

—Lo celebro mucho.

—Y así como á V. le agradarán más que yo otros...

—Sí, señor, muchísimo más.

—A mí me agradan otras mucho más que V.

—Sea enhorabuena.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—Perfectamente.

—De manera que me deja V. en libertad de hacer lo que me acomode, y vivir en completa libertad.

—¡Oh! desde luego. Y por mi parte...

—V. es otra cosa. Una mujer tiene deberes...

—No irá V. á hacerme la ofensa de creer que quiero ser una mujer sin decoro...

—¡Oh! no; pero, en fin, sabe V. que es conveniente guardar las apariencias...

Esta vergonzosa conversacion tuvieron los recién casados poco despues de celebrar sus bodas, y desde entónces cada cual echó por su lado.

Viven en la misma casa, pero él sale y entra por una puerta, y ella por otra. El viaja por donde le da gana y ella por donde se le antoja. El tiene su abono de butaca en el teatro Real, y ella recibe en su palco á todos los pollos y gallos que frecuentan sus reuniones. El va á todas las que hay en Madrid en las casas principales, ménos á las de su mujer.

Pero todo esto no es nada.

Hay muchas personas que no saben que el baron está casado y con quién, y como la baronesa es una señora muy vista en el mundo, murmuran de ella, con razon ó sin razon, y el bueno del marido hace coro con los murmuradores, y cuenta la historia de su matrimonio al que no la sabe, y con el mayor cinismo confirma las sospechas á que da lugar su mujer.

Esto parecerá imposible á muchos; los que tal crean no han visto mundo, no han visto cuánta podredumbre hay en esta pervertida sociedad, no han estudiado la historia de tantos desventurados matrimonios inverosímiles que pasean por esas calles.

En cambio ella habla pestes de su marido con sus amigas, y chasco se lleva la que pretenda mortificarla contándole alguna aventurilla del baron, ó que de ella ha dicho alguna insolencia; nada la sorprende, y de todo se rie grandemente.

Lo único que disgusta á ambos es encontrarse, y para evitarlo, al empezar cada verano la baronesa envia á preguntar á su marido á qué punto de baños piensa ir... para irse ella á otro.

Acaso, aunque lo dudo, cuando los años les hagan reflexionar, cuando se presente la vejez con todos sus achaques, y todos sus temores, y todos sus remordimientos, piensen ambos cuánto tiempo han perdido de felicidad, y miren con horror un pasado de vergüenza y de escándalo.

Sus padres tuvieron la culpa, por empeñarse en unir para siempre á los que no se amaban, pero si ella y él hubiesen tenido ideas religiosas, si hubieran reflexionado un poco, habrian con buena voluntad, llegado á estimarse y á amarse acaso, y podian haber sido felices.

Porque por más que el baron tenga siempre el chiste en los labios y parezca completamente despreocupado, y ella corra aventuras, y frecuente los salones, y brille en el mundo, y viva una vida de placcres, no pueden ser felices. El ve hombres de bien, buenos casados y amantes padres de familia que son venturosos, y ella encuentra á cada paso mujeres virtuosísimas, de todos respetadas, que honran á sus maridos y en las que resplandece la aureola de la virtud. Demasiado saben él y ella que las

personas honradas no los consideran y los compadecen; demasiado saben que no sirven en el mundo de otra cosa que de juguete y diversion.

Todo el mundo dice que el baron no tiene vergüenza, y de la baronesa todo el mundo dice cosas todavía más graves, y todo lo autorizan ellos con su conducta.

Esta situacion es resultado de la educacion que recibieron ambos, léjos de sus padres, en colegios extranjerros, y sobre todo de la falta de sentimientos religiosos.

Y aquí termino, porque aunque pudiera contar curiosos incidentes de la vida de este desventurado matrimonio, vale más que ciertas cosas no se publiquen.

En la coleccion no podia dejar de incluir á este marido cínico; pero basta con presentar este ligero boceto. La copia exacta, con todos los detalles de este carácter, hubiera sido demasiado repugnante.

## CASCABELITOS

García Gutierrez ha escrito una carta en la que da gracias á los actores del Circo por el buen desempeño de su último drama.

Sentimos que el autor no haya visto á Matilde interpretando el papel de la protagonista. Nuestro gran poeta hubiera admirado profundamente á la gran actriz, y se hubiera considerado venturoso con que declamara sus versos la incomparable Matilde.

Debo dos demostraciones de gratitud al público y á la prensa por la acogida que dispensan á la biblioteca que con el título *Cuentos de salon* he empezado á publicar con mi amigo Teodoro Guerrero; al público, porque arrebató la edicion, haciendo justicia al mérito de la novela *Una perla en el fango*, de mi compañero; á la prensa, porque todos los diarios, con rara excepcion, han prodigado al pensamiento general de los *Cuentos de salon*, y á la novela citada en particular, grandes elogios, que no por justos son ménos dignos de agradecimiento.

La biblioteca de la familia tiene ya vida propia, lo cual es un fenómeno en estos tiempos, y obliga á los autores-editores á redoblar sus esfuerzos para corresponder al favor inesperado con que el público y la prensa los han distinguido.

Y ya que hablo de los *Cuentos de salon*, voy á pedir á mis lectores unos apuntes. Hemos ofrecido para fin de año, como regalo, un *Almanaque de salon*, y en él ha de aparecer un *Calendario español de las letras, las ciencias y las artes en el siglo XIX*; será este trabajo una novedad que ha de llamar la atencion, como toda la obra, por sus grabados y por lo original del texto; en el *Calendario* figurarán los nombres de todas las personas que en este siglo se han distinguido en España en alguno de los ramos del saber humano, ocupando su lugar correspondiente en las efemérides.—No quiero ser más explícito, para causar la sorpresa conveniente.

Pues, bien: para que el *Calendario* salga lo más completo posible, á pesar de que tenemos ya muchos datos, suplico á todo el que conozca el día, mes, año y lugar del nacimiento y muerte (si esta hubiese ocurrido) de alguna persona que deba figurar en el *Calendario*, que remita los indicados apuntes á la administracion de EL CASCABEL para no incurrir en omisiones, que no serian olvido sino imposibilidad de encontrar la noticia.

—¿Sabe V. dónde se venden corazas para llevarlas sobre la chaqueta de franela?

—No, señor.

—¿Y sombreros blindados?

—Tampoco.

—Pues necesito comprar esas prendas.

—¿Para qué?

—Para cuando vaya á votar en las próximas elecciones.

El Sr. Montero Rios ha hecho decir á un periódico que no tiene fundamento la noticia de que vaya á retirarse de la política.

¡Ah, gracias, Dios mio! ¡qué gran pesadumbre se nos ha quitado de encima!

¿Qué sería de España si ese caballero se retirase de la política?...

Moriríamos todos.

Dicen algunos que EL CASCABEL está flojo, es decir que no usa el lenguaje agresivo de otros periódicos.

Esa censura es para nosotros un elogio.

Nosotros no creemos que la prensa debe emplearse en groseros insultos y odiosas personalidades.

Bien sabemos que esos papeles grotescos é insultantes son los que más venden, pero no nos importa; ántes dejaríamos de escribir que manchar nuestra pluma con procazes chistes y desvergonzados insultos.

Demasiado combustible arrojan sobre España las miserables y ruines pasiones políticas, para que nosotros vayamos á añadir más.

El número de *Los Niños* del día 10, es precioso. Contiene, entre otros, un bonito artículo del Sr. Fulgoso *Antes moros que gallegos*; el principio de una tradicion vizcaina, original del discretísimo escritor que se oculta con el seudónimo de *Perez de Liébana*; la biografía y el retrato de *Ambrosio de Morales*, una gran lámina de Capuz, otra de Padró, y el principio de las *Lecciones de astronomía al alcance de los niños*.

Parece que los carlistas van á negarse á pagar la contribucion.

Y los republicanos tampoco la quieren pagar.

Pues, señor, vá á haber palos.

Da pena leer los periódicos, llenos de insultos y de nuestros.

Esto es efectivamente un presidio suelto.

Aquí ya no hay respeto á nada, ni gobierno, ni autoridad posibles, y se ha perdido por completo la vergüenza.

Ya tenemos nuevo ayuntamiento.

A ver si paga las trampas de los anteriores.

El nuevo alcalde ha publicado la arenguita de costumbre.

Dice que lo quiere hacer muy bien; ahora sólo falta que lo haga.

El director de Correos va á dirigir una circular á los empleados para que se haga bien el servicio.

Al mismo tiempo les debe preguntar si saben dónde están dos paquetes de pliegos de *Los Niños* que enviamos el 29 de Mayo á Barcelona y todavía no han llegado, ni se nos ha indemnizado por la pérdida.

La *Iberia* decia el día de la Candelaria que era la *Circuncision del Señor*. ¡Si será liberal!

La *Epoca* quiere que no se den cruces sin pagar lo que es razon.

Pido lo mismo; el que quiera una cruz que la pague.

Yo pondria unos derechos enormes, 40 ó 50.000 reales lo ménos.

Y por mi parte, que me pidan ese dinero ó más cuando yo pida una cruz para el perro ó para mí.

Pues, señor, me dá á mí pena ver á un hombre del talento de Escosura metido á radical, y perorando en el circo de caballos.

¿Qué necesidad tenia ese esclarecido ingenio de ser politiquillo?

¡Qué lástima de talento!

¡Favor! ¡Socorro!

Así gritaba el otro día en un balcón un caballero.

Subieron dos agentes de orden público, llamaron y entraron.

El caballero estaba con otro caballero.

—¿Que le pasa á V. caballero?...

—Nada, que el señor, que es persona influyente, se ha atrevido á proponer que me den una gran cruz.

Hacemos nuestras las siguientes líneas de *El Pabellon médico*:

«Tenemos el gusto de participar á nuestros lectores la plegada á esta capital del reputado especialista en las afecciones de los oidos, garganta y vias respiratorias, Dr. don Claudio Nuell, el cual trata de abrir una clinica particular, en la que admitirá á todos los alumnos y profesores que deseen asistir para el tratamiento de dichas enfermedades.

El Dr. Nunell será en Madrid el representante del acreditado establecimiento *terápico-funcional* de Barcelona, del que es uno de sus directores; ofrece dar, por lo tanto, todos cuantos datos se le pidan por los profesores y enfermos sobre dicho establecimiento de curacion, que reúne los más poderosos medios para combatir todas las enfermedades crónicas.

Deseamos un brillante porvenir al Dr. Nunell, y le felicitamos cordialmente por el pensamiento de abrir una clínica sobre su especialidad, de la cual podrán sacar un gran provecho los alumnos que la frecuenten; la enseñanza es el mejor y más decoroso medio de darse á conocer un profesor.»

Creemos que el Sr. Nunell será tan distinguido y apreciado en Madrid como lo es en Barcelona.



Implora la caridad un oficial cesante de los ramos de Hacienda y Gobernacion, el cual no tiene derecho á haber pasivo, por no contar más que con siete años en destinos de real orden y los demas con nombramientos de Direccion, cuyos documentos exhibirá á aquellos bienhechores que se acerquen á su humilde buhardilla á socorrerle á él y tres niños y una esposa, cadavéricos todos del hambre que sufren, por una enfermedad incurable; socorredle, lectores, con alguna ropita vieja, con alguna colocacion ó con un pan. En la calle de San Salvador, núm. 8, buhardilla, pueden entregarse los donativos.



Un caballero que no es radical, ha compuesto el soneto que publico á continuacion, tomando un verso de cada uno de los poetas que se citan despues.

¿A que Ruiz Zorrilla ni Martos no hacen otro tanto?

Dice así:

#### SONETO.

Cándida luna, que con luz serena  
Del espacio los ámbitos dominas  
Y el horizonte lóbrego iluminas,  
De pompa, majestad y gloria llena:  
¿Sientes acaso la amorosa pena,  
Y á la mansa piedad dulce te inclinas,  
Y en busca de un amado te encaminas  
Que á eterna desventura te condena?...

Parece que me escuchas, y parece  
Que en gloria y paz y amor y venturanza,  
Tibia, modesta, fugitiva luna,  
Tu faz en dulce lumbre resplandece,  
Y entre el vago temor y la esperanza  
Constante dura sin mudanza alguna!

El primer verso pertenece á Herrera, el segundo á Quintana, el tercero á Saturnino Martínez, el cuarto á Cadalso, el quinto á Ramon de Palma, á Menendez el sexto, á Manuel Arjona el sétimo, á Lope de Vega el octavo, el noveno es de Francisco de la Torre, el décimo de Espronceda, el undécimo de Zorrilla, de José Roldan el duodécimo, de Martínez de la Rosa el décimo tercero, y el último de Luzan.



## COMUNICADO.

Sr. director de EL CASCABEL:

Muy señor mio: Há un año el que suscribe se hallaba arrojando sangre por la boca, sin que remedio alguno fuese suficiente á contenerla, por lo que bien pronto mi naturaleza se debilitara y resintiese mi organismo, mediando en dicho estado tal fatiga, cansancio, dolor y afliccion á la region del estómago y lado derecho, que todo parecia presentar un término fatal, como hubiera sucedido si afortunadamente el Sr. de Palomar, á quien consultara como última esperanza, no acertase á curarme por sus medios especiales de una manera sorprendente, siendo de admirar, no sólo cesase la sangre y la fatiga, mas el dolor que experimentase al hígado y riñones, á beneficio de las muchísimas arenas que depositara diariamente en un paño.

Mi esperanza se hallaba satisfecha; creime curado y lo estaba; pero desgraciadamente, de allí á dos meses tomara el vientre tales proporciones, que temiera una hidropesía (lo que algo sucedió), si bien el Sr. Palomar creyese complicarle la existencia de la *ténia* ó solitaria; pero que si así fuese, nada temiera, pues esta seria expulsada á las dos ó tres horas del uso de su medicacion. Mas en esta ocasion es llamado el Sr. de Palomar al extranjero para prestar sus conocimientos médicos; yo hice uso de su remedio, y sus efectos fueron tan pronto, que si bien no arrojé la *ténia*, porque esta no existia, sí rebujones enteros de pequeñas y extrañas lombrices, por lo que el vientre empezó á bajar, logrando en breve verme enteramente bueno. Y siendo leal á mi promesa, cumplo con hacerlo público de esta manera, en honra del citado profesor, á un tiempo que ofrece á V. su casa, señor Director, Abades, 2, principal, este Q. S. M. B.—*Ramon P. y Huelva*.

Preguntados frecuentemente por la residencia del doctor Palomar, manifestamos habitar éste Carrera de San Jerónimo, 11, principal.

## EL CASCABEL

PAPEL PÚBLICO

ESCRITO POR DON CARLOS FRONTAURA

Contiene artículos de costumbres, de critica, tipos de la época, estudios humorísticos, diálogos cómicos, poesías festivas, cuentos graciosos, sucedidos no tan graciosos, sueltos políticos, etc., etc.

Todos los meses se publica del 15 al 20, además del periódico, un cuaderno de 32 á 40 grandes páginas, y los de los doce meses formarán el libro titulado

### COSAS DEL AÑO,

que será la historia completa del año, conteniendo todas las leyes, documentos públicos, etc., etc., y gran copia de noticias de estadística, de literatura, de política, de artes, de todo, en fin; libro curiosísimo é indispensable á todo el mundo.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

	Tres meses.	Seis meses.	Un año.
Madrid.....	9 rs.	16 rs.	30 rs.
Provincias.....	10	18	34
Extranjero.....	22	38	74
América.....	»	38	70
Filipinas.....	»	60	100

Un número suelto, DOS CUARTOS.

Se suscribe en la Administracion, plaza de Matute, núm. 2, y en las principales librerías.

MADRID.—1872

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4, Recoletos.